

Lo que pasa en Europa... y lo que puede pasar en otras partes

Carlos Barbé*

1.- ¿Qué pasa?

¿Qué pasa en Europa? ¿Qué está sucediendo? ¿Porqué? ¿Qué puede ocurrir en el futuro? Lo curioso es que estos mismos interrogantes no se presentan solamente fuera de Europa, se los plantean también muchos europeos. Y sin embargo, nada de lo que está ocurriendo es imprevisto. Es la consecuencia de una serie de procesos que algunos han preferido no ver o cuya trascendencia se han negado a sí mismos.

2.- Una decisión sorpresiva

En febrero de este año los jefes de gobierno de catorce de los quince países que componen actualmente la Unión Europea formularon una declaración sin precedentes en la historia de la Unión desde su fundación (como comunidad económica) en 1957: indicaron que congelarían las relaciones con Austria si en Viena fuera constituido un gobierno con la participación del «partido de la Libertad» (FPÖ) de J. Haider, en realidad un partido nostálgico del nazismo y cuyos dirigentes han hecho frecuentes declaraciones xenófobas y/o racistas. Se estaba entonces gestando un gobierno de coalición prohijado por el líder democristiano Schüssel dispuesto a cualquier pacto para poder convertirse en el nuevo primer ministro austríaco.

Fue luego el turno del congreso de los «partidos populares europeos» (es este el nombre que la bancada demócrata-cristiana tiene en el Parlamento de la Unión) y al cual pertenece el partido democristiano austríaco de Schüssel. Si la reunión de los jefes de gobierno europeos no había demostrado fisuras -más aún, una de las posiciones más decididas había sido no la de un representante del centro-izquierda (los partidos socialdemocráticos) sino la de un moderado, el presidente francés, Chirac- en el congreso democristiano, donde fue propuesta la suspensión de Schüssel y su partido, las cosas fueron menos terminantes. Sorprendentemente uno de los más decididos sostenedores de la sanción fue el presidente del gobierno español, Aznar, que estaba en vísperas de elecciones y quería hacer gala de democraticidad para obtener votos de electores independientes o de ex votantes del PSOE (partido socialista obrero español). Diferente y dubitativa fue en cambio la posición del italiano Berlusconi respecto a la suspensión del partido austríaco (que finalmente votó). Y es que en esos mismos días estaba

* Director del Observatorio permanente sobre los fenómenos identitarios de la Universidad de Turín, Italia.

1 Barbé C. y Olivieri M., 1996-2000, Emigrazione, immigrazioni, etnocentrismo, identità, *investigación financiada por el Consejo nacional de investigaciones italiano (CNR)*.

firmando en su país un acuerdo con el partido regionalista y ex-separatista (al menos por el momento) «Lega Nord» que ha mantenido frecuentes relaciones con Haider a quien sólo pocos meses antes había invitado a participar en sus manifestaciones políticas en Italia (dirigentes de la *Lega* no han vacilado en indicar a Haider como el ejemplo que se debe seguir).

Durante su carrera política Haider ha hecho declaraciones escalofriantes. Está a favor del revisionismo histórico en Alemania, según él los SS eran patriotas intachables y coherentes, los opositores al nazismo traidores a la patria, etc. etc. Los diarios de todo el mundo han reproducido, condenándolas, estas afirmaciones. La condena ha sido formulada por políticos de las más diferentes nacionalidades, incluso la secretaria de Estado norteamericana: M. Albright. La reacción ha sido tan unánime que Haider ha tratado de corregir algunas de sus pasadas afirmaciones, pero la línea substancial de las mismas sigue en pie. Y el punto central es el rechazo de la inmigración extranjera en Europa. Uno de los documentos televisivos más impresionantes consiste en varias tomas de un valle de la Carintia, en el sur de Austria, región de la cual Haider es gobernador. Las tomas enfocan un panorama bucólico y paradisíaco y registran lo que dice un partidario de Haider: « Ven que maravilla es hoy este valle. Se debe a la política ecológica del gobierno de Carintia. Han vuelto una cantidad de especies de aves que habían desaparecido. Porque tendrían que arruinar todo esto los inmigrantes extranjeros. Qué tienen que hacer aquí». Es este el tema crucial: los inmigrantes extranjeros; fundamentalmente africanos árabes pero también subsaharianos y asiáticos e incluso europeos orientales y latinoamericanos (esa especie que en España llaman «sudacas»).

Europa, no sólo Austria, se percibe a sí misma como un fuerte asediado por muchedumbres hambrientas y analfabetas provenientes del «Tercer Mundo»: Las poblaciones del «Sur» del mundo tendrían un único objetivo: tratar de entrar con todos los medios, lícitos o ilícitos, al paraíso europeo. Todo esto es falso porque la mayor parte de los flujos migratorios actuales tienen lugar entre «Sur» y «Sur», por ejemplo árabes en busca de trabajo que se dirigen hacia otros países árabes productores de petróleo, o entre países asiáticos (musulmanes que se refugian en Pakistán o en Irán, o migraciones entre naciones del Sur Este de Asia) o entre países sudamericanos (hacia Argentina, por ejemplo, desde países limítrofes o desde el Perú pero también desde naciones asiáticas como Taiwan y Corea, o desde Rusia y Chechenia). Es verdad que diariamente muchos extranjeros tratan de entrar en Europa transportados por inescrupulosos traficantes de personas a quienes deben pagar sumas altísimas con relación a sus ingresos (o sea no son los más pobres de la nación de la cual provienen). Si los traficantes son descubiertos por las policías marítimas, no vacilan en echar al mar a sus clientes para poder escapar con mayor rapidez o cuando tratan de hacerlos entrar por vía terrestre no dudan en esconderlos en containers dentro de los cuales de tanto en tanto mueren asfixiados (como ha sucedido recientemente con inmigrantes peruanos). Y si no son los más pobres, su escolaridad (como lo demuestra entre otros un estudio del cual soy codirector con M Olivieri¹) es incluso alta o medio alta y en todo caso superior a la escolaridad promedio en sus países de origen.

Este clima de fuerte sitiado se ha ido difundiendo en toda Europa que ha olvidado, o niega psicológicamente, su pasado emigratorio. Inglaterra y Francia se encuentran entre las naciones que en los siglos XIX y XX expulsaron más habitantes. Pero iban fundamentalmente hacia sus propias colonias (lo que hace que algunos de sus especialistas en temas migratorios no las consideren países de emigración). Otras naciones, en este caso del Sur de Europa, como Italia, España y Portugal, que en el Ochocientos y el Novecientos se vieron obligadas a excluir de su territorio a millones de compatriotas, han vivido en un primer momento esta nueva orientación de los flujos migratorios como una gratificante revancha histórica. Por ello tratan de remover de la memoria colectiva que varios millones de portugueses, italianos y españoles son todavía inmigrantes, a menudo en condiciones precarias, no sólo en las Américas y en Australia, sino, fundamentalmente, en otros países europeos². En Italia, España y Portugal prevalece el orgullo de ser, por primera vez en mucho tiempo, la meta ambicionada, aún cuando (al menos al principio) han sido por lo general solamente objetivos de pasaje. La nueva inmigración prefería llegar en realidad a Alemania o Francia³ que por ser países más ricos habían funcionado con anterioridad como polos de atracción y donde contaba pues con apoyos porque se habían ido constituyendo cadenas migratorias. Pero esa misma gratificación generada por la sorprendente llegada de migrantes se convirtió luego, también en el Sur de Europa, en una reacción que ha alcanzado ribetes histéricos.

Si se compara el actual porcentaje de población extranjera en los países de la U. E. (en torno al 10% en Suecia, un porcentaje similar en Alemania, alrededor del 7% en Francia, 3% en Italia, aproximadamente el 1 % en España, menos todavía en Portugal) se trata de cifras irrisorias respecto a las que en su momento tuvieron los tradicionales países de inmigración como Argentina y los EE.UU. donde, a principios del Novecientos, los extranjeros inmigrantes constituían la mitad de la población de las principales ciudades. Y sin embargo, en una nación tradicionalmente hospitalaria como Francia han prosperado las teorías de exponentes de la «nueva derecha» como A. de Benoist, según las cuales⁴ los pueblos europeos no son ni xenófobos ni racistas, simplemente tienen el derecho a «vivir su propia diferencia cultural» sin la interferencia de extranjeros (una teoría que en su expresión más tosca se ha transformado en una de las banderas del «Front National» de Le Pen). Curiosamente, estos problemas de «identidad» no afectaron a las naciones europeas cuando invadieron por la fuerza amplias zonas de Africa, de Asia y de las Américas. Se presenta hoy, cuando poblaciones de las naciones a su tiempo invadidas recorren el trayecto inverso de los conquistadores como efecto obligado de diferencias internacionales cada vez más pronunciadas. Y no es casual que estas ideologías «diferencialistas» hayan prosperado en primer lugar en Inglaterra y en Francia, allí donde no se pudo limitar el ingreso de ciudadanos de las ex-colonias (muchos de los cuales tenían pasaportes ingleses o franceses) y donde actualmente la segunda o la tercera generación de inmigrantes reclaman su lugar en el mercado del trabajo.

2 Olivieri M., 1999, Emigrati all'estero...Fratelli d'Italia?, en Bartocci E. y Cotesta V. (comp.), L'identità italiana. Emigrazione, immigrazione e conflitti etnici, Edizioni Lavoro, Roma, pp. 229-245.

3 Barbé C. y Olivieri M., 1998, La decisione di emigrare ed i progetti migratori, relación presentada al Congreso internacional: «International Migration Challenges for European Populations», (Universidad de Bari, 25-27 de junio de 1998), pp. 1-12.

4 Barbé C., 1992, Razzismo e «nuovo razzismo» nell'attuale dibattito francese, en «Quaderni di sociologia», XXXVI, n. 2, pp. 176-189.

5 Barbé C., 1999, Etnocentrismo, grupocentrismi, identità, ovvero perché l'etnocentrismo è più letale del razzismo » en Negrini A. (comp.) Atti dello stage: «Identità, integrazione, razzismo in una Europa multi-culturale », organizado por ASTEA - INTERLAB, Eris-kirch-Moos, Konstanz, 24-25 de abril, en curso de publicación.

Sin duda, el tema no es intrascendente, la competencia en el mercado del trabajo de la segunda y tercera generación de inmigrantes es (será) algo real, como lo es también el retorno de la confrontación entre la cultura cristiana y la cultura musulmana que durante siglos ha marcado la historia del Europa. La «revolución del velo», protagonizada hace pocos años por dos chicas jóvenes (nacidas en Francia pero hijas de inmigrantes árabes) que, con un gesto demostrativo, trataron de entrar en el aula de su escuela sin quitarse el pañuelo que cubre la cabeza de muchas mujeres musulmanas, contrariando la tradicional laicidad de la instrucción francesa, sigue siendo un

símbolo de ese conflicto, más allá de cuales hayan sido sus íntimas motivaciones personales.

En Italia, España o Portugal, la inmigración extranjera es reciente en cambio. Se trata, sobre todo en los dos primeros casos, de naciones con un muy bajo coeficiente de natalidad, donde los demógrafos sostienen que la inserción de extranjeros es y será inevitable, donde luego de años de opulencia la mayor parte de la población se niega a efectuar trabajos humildes o indeseables a pesar de la desocupación y donde incluso el F.M.I. considera imprescindible la inclusión de extranjeros, que serán en su casi totalidad trabajadores dependientes y por lo tanto imposibilitados de evadir impuestos y aportes jubilatorios, algo imprescindible para sostener las enflaquecidas cajas de jubilaciones.

3.- ¿Por qué ahora?

Si las cosas están como acabo de resumir veloz mente ¿porqué se ha producido ahora en Europa esta impresionante ola de discriminaciones, de xenofobia que a menudo se transforma en racismo liso y llano⁵, o en formas de «racización» (cuando se trata de adjudicar al adversario características biológicas diferentes de las propias, que por ser biológicas serían insuperables: «son sucios o ladrones o haraganes de nacimiento»)?

Las causas son varias, concomitantes y se han ido acumulando durante los Ochenta y durante la última década del siglo XX. Tomo un ejemplo. Alemania, cuya economía ha sido por mucho tiempo exitosa, vivió un momento de euforia cuando se produjo la unificación entre Alemania occidental y Alemania oriental. Fue la apoteosis de la popularidad del ex canciller Kohl (cuyo prestigio ha caído vertiginosamente en los últimos meses desde que fueron descubiertos los apoyos financieros encubiertos que había recibido durante su gobierno). Toda la campaña en favor de la unificación fue hecha prometiendo a los alemanes «orientales» una rápida homologación con el alto nivel de vida de sus compatriotas «occidentales». No ha sido así, como obviamente no podía serlo en tiempos breves. La desilusión se hizo presente sobre todo en la zona oriental, donde grupos extremistas de derecha recurrieron a la búsqueda de chivos expiatorios. Y fue precisamente en la zona oriental donde se produjeron con mayor frecuencia ataques a trabajadores extranjeros (turcos, italianos), incendios de casas de inmigrantes, ataques antisemitas,

etc. Entretanto Alemania, que por decenios había mantenido una política muy amplia respecto a los refugiados políticos (para favorecer las deserciones de alemanes orientales) ha ahora endurecido su política migratoria. En realidad sus empresas siguen prohijando la llegada de trabajadores extranjeros pero es disimulada con la etiqueta de «contratos de aprendizaje», una forma de seguir teniendo mano de obra barata sin contradecir la política de «cuotas» rígidas de inmigración. En febrero pasado, cuando se desencadenó el caso Haider, el canciller alemán Schröder, que percibe y teme el peligro del contagio, desplegó una acción enérgica contra lo que estaba ocurriendo en Austria. Pero en el mismo mes Haider fue invitado a hablar en uno de los más importantes canales de televisión alemanes, hizo gala de la mejor de sus sonrisas, y llegó a obtener comentarios benévolos de parte de algunos diarios. En los mismos días, en el curso de una entrevista periodística a un diario italiano, Schröder incursionó en otros temas de actualidad. Advirtió sobre el peligro que los partidos de derecha italianos (él dijo «ex-fascistas») llegaran al gobierno en Italia donde la presión de las derechas fue tan grande e inmediata que el gobierno italiano de centro-izquierda se vio obligado a declarar que «todos los partidos italianos respetan las reglas democráticas».

Todo esto se inserta en un panorama más amplio y complejo: el de la actual crisis europea. Si bien la Unión Europea no ha logrado darse aún instituciones políticas sólidas, en el plano económico-financiero ha coronado largos esfuerzos con el nacimiento de la nueva moneda única, el euro, en vigor virtual desde el 1° de enero de 2000 (sólo en el 2002 las transacciones se harán efectivamente con los nuevos billetes). Ese día varios comentaristas económicos norteamericanos estimaron que la creación del euro implicaba un peligro para la tradicional hegemonía del dólar. Hasta ahora se ha producido exactamente lo contrario. Si bien la economía europea ha vuelto a crecer, el euro ha perdido desde el momento de su creación más del 15% respecto al dólar. Europa, que se presentaba como el competidor número uno de los EE.UU., demuestra en cambio signos de desorientación y de inseguridad en sus propias fuerzas. Teme incluso que la potencia norteamericana la jaquee en el campo educacional con un desembarco en gran estilo de Universidades USA en su propio territorio con efectos no de globalización sino de homogeneización y empobrecimiento cultural.

La mayor parte de los países de la Unión tienen actualmente gobiernos de centro-izquierda, socialdemocráticos, a los cuales les ha tocado afrontar las consecuencias de la «globalización» financiera neo-liberal y de la «new economy». Con diferencias internas -la disputa entre Schröder y Lafontaine en Alemania es un claro ejemplo.- han debido llevar adelante políticas fundamentalmente defensivas, tanto quienes creen en las virtudes del mercado, como el primer ministro inglés Blair y su consejero A. Giddens (actual director de la London School of Economics y teórico de la «tercera vía») como aquéllos que no parecen tan convencidos de tales virtudes como el primer ministro francés Jospin.

La llamada globalización ha jugado en esto un rol importante. Pero aquí es necesario hacer algunas necesarias distinciones. La «globalización» no es un proceso único y tanto menos un fenómeno «natural» como algunos sostienen. La mundialización tecnológica -que por ahora alcanza solamente a una parte de la población mundial- es sin duda un hecho innegable con sus aspectos positivos y

6 Cfr. Barbé C.: 1997, Il drastico irrobustimento dell'identità nazionale in Italia. Un'analisi empirica comparata, en «*Quaderni di Sociologia*», 13, pp. 141-164.; 1999, Identidades nacionales, identidades supranacionales y separatismos: una investigación empírica comparada, *Universidad T. Di Tella*, Documentos de trabajo n. 58, Buenos Aires, pp. 1-28; 1999, L'identità nazionale in Italia alle soglie del 2000. Un confronto internazionale, en *Bartocci E. y Cotesta V., op.cit.*, pp. 229-245; 2000, L'identité. Problèmes théoriques et recherches empiriques comparées. Le cas de l'Italie et de la Vallée d'Aoste, en *Bertrand G. (comp.) Identité et cultures dans les mondes alpin et italien, L'Harmattan, Paris; 2000, Perché si rafforza l'identità nazionale in Italia? Uno studio comparativo*, en *Marletti C. (comp.)*, Política e società in Italia, Milán, Angeli, en curso de publicación.

7 Para este y otros argumentos conexos Cfr. C. Barbé, Crisis de los estados nacionales, comportamientos etnocéntricos y reacciones identitarias, I.R.I., La Plata, en curso de publicación.

8 *Habermas J.*, Die Postnationale Konstellation, Suhrkamp, Frankfurt, 1998.

negativos. La mundialización social, en cambio, presenta dos caras opuestas. Por un lado nunca como hoy ha existido mayor libertad para la libre circulación de los capitales, pero, por el contrario, pocas veces como en el presente se han establecido tantas y tan férreas trabas a la libre circulación de las personas. En más, si en los Setenta Arghiri Emmanuel podía sostener que, en un sistema internacional de desarrollo desigual, los trabajadores de los países ricos contribuían a la explotación de sus colegas de los países pobres, son hoy los trabajadores de las naciones ricas quienes reclaman por la fuga de capitales que van en busca de mercados de trabajo deprimidos, flexibles y sin garantías de estabilidad para la mano de obra (como lo han demostrado las patéticas protestas de algunos sindicalistas norteamericanos -contra «los trabajadores del Tercer Mundo que nos roban el trabajo»- durante la fracasada reunión del WTO a Seattle en noviembre de 1999). La mundialización no se refleja tampoco en la acción de organismos internacionales como las Naciones Unidas que nunca en las últimas décadas han tenido menos poder (las guerras del Golfo y del Kosovo son claros ejemplos). Tampoco a nivel identitario se manifiesta una globalización. He demostrado con datos empíricos⁶ que se está muy lejos de la formación de la pretendida identidad cosmopolita (así como la identidad europea -ligada a la U.E.- es todavía debilísima y las que resisten son las identidades nacionales correspondientes a los antiguos estados-nación). Lo que sí ha jugado y juega un papel trascendental⁷ es el crecimiento del poder de decisión de las estructuras supranacionales como el Banco Central europeo, por un lado, y por el otro la hegemonía de los grupos económico-financieros multinacionales, que por vías diferentes han recortado las funciones de los estados nacionales. Pero esta última no es *la* globalización sino *una* globalización: la prolijada por el modelo económico neo-liberal.

Esta limitación de las funciones de los estados nacionales y su crisis tiene consecuencias -negativas- trascendentales, si es verdad, como ha sostenido recientemente Habermas⁸ que el efecto de control de los estados nacionales no se limitaba a la supervisión de los mercados sino que históricamente es en el ámbito de los estados nacionales que se han producido políticas de redistribución de la riqueza.

Es en este panorama, caracterizado por patentes contradicciones y por un clima de incertidumbre, que la desocupación, prevista desde hace décadas por los teóricos del desarrollo, ocupa un papel fundamental. O se buscan chivos expiatorios o se generan fenómenos de falta de auto-estima por parte de quienes inconscientemente se culpan a sí mismos (y no al sistema que se está generando) por la imposibilidad de conseguir un trabajo remunerado. La compensación es encontrar a alguien que esté por debajo de ellos y ¿quién es más indicado que el inmigrante extranjero?

Todos los prejuicios y las discriminaciones que los emigrantes del sur de Europa vivieron (algunos viven aún) durante su experiencia migratoria, recalcados, son hoy sufridos por el extranjero⁹ inmigrante. Incluso en los estadios de fútbol donde las barras bravas son dominadas por grupos extremistas de ultraderecha que se complacen en exhibir sus carteles con inscripciones y símbolos racistas.

En un clima como este se multiplican los actos de segregación e incluso de violencia. En Roma, durante un fin de semana de marzo de este año, un grupo de «jóvenes» trató de quemar vivos a algunos inmigrantes, que dormían en un pasaje subterráneo para protegerse del frío, al grito de «los vamos a matar como gusanos». Al día siguiente los padres los justificaron indicando que «lo hacían sólo por divertirse».

En El Ejido, una localidad de Almería en Andalucía, que tiene en estos momentos un gran desarrollo agrícola basado en «invernaderos» (telas plásticas que recubren los sembrados) y donde la mano de obra, que debe trabajar con temperaturas superiores a los cincuenta grados, es en su mayoría marroquí, las primeras semanas de 2000 han visto una vandálica persecución de los trabajadores árabes y la destrucción sistemática de sus viviendas precarias, ante la pasividad-complicidad del alcalde, militante del partido Popular (el mismo del presidente del gobierno, Aznar). El punto de partida fue un hecho grave, la muerte de una ciudadana española causada por un desequilibrado árabe que había estado internado en un instituto psiquiátrico. Pero la ferocidad con que fueron perseguidos los trabajadores precarios extranjeros -que ha provocado la reacción indignada de toda la opinión democrática española- es consecuencia de un clima que se encubaba desde mucho antes. Y para coronar lo ocurrido, luego de tratativas entre empresarios, trabajadores y autoridades, el alcalde de marras se negó a contribuir a la reconstrucción de las habitaciones destruidas y prefirió recurrir a la llamada de otros extranjeros, provenientes de Europa oriental, dispuestos a suplantar a los marroquíes.

Nada de lo que está ocurriendo puede ser visualizado en toda su importancia y dramatismo si no se tiene cuenta pues de una generalizada crisis de valores, de una desorientación provocada por una transición económico-social cuyo verdadero desenlace se presenta como una incógnita y en el curso de la cual el «modelo europeo» (caracterizado por las conquistas sociales logradas a través de un siglo y medio de luchas y reivindicaciones) se ve enfrentado al «modelo americano» de la movilidad ocupacional.

Los sectores económicos neo-liberales agudizan este clima tentado un enfrentamiento entre las generaciones: «defender las jubilaciones de los padres, sostienen, es impedir crear fuentes de trabajo para los hijos desviando los recursos financieros estatales y de las empresas». Pero muchos hijos empiezan a pensar que, en el caso de obtener un trabajo precario, les tocará a ellos, al fin de cuentas, mantener a los padres cuyas risibles jubilaciones no les permitirán sobrevivir.

9 Olivieri M., 1999, Migraciones, estereotipos y prejuicios, ayer y hoy. El caso italiano, en «Migraciones» (Madrid), n. 5, pp. 85-126. V. también, Olivieri M., 1998, Emigración italiana tra stereotipi e pregiudizi, en Delle Donne M. (comp.), Relazioni etniche. Stereotipi e pregiudizi. Fenomeno immigratorio ed esclusione sociale, EdUP, Roma, pp. 231-241.

10 Barbé C. y Olivieri M., 1990, *L'identità di una nazione, Il Segnalibro, Turin*. V. asimismo Barbé C. y Olivieri M., 1992, *Sociologia, storia sociale e scienza politica in Argentina sino alla crisi del positivismo*, en Barbano F., Barbé C., Olivieri M. y otros, *Sociologia, storia, positivismo*, Angeli, Milán, pp. 237-473.

11 Becker H., *Outsiders, The Free Press of Glencoe, 1963*.

12 V. los trabajos citados en la nota nº 6. V. también Barbé C., 2000, *Quale Italia? La questione nazionale italiana in prospettiva comparata*, en "Futuribili", número monográfico: *Gli italiani ci sono, a quando l'Italia?*

Las derechas extremas (varias de las cuales se han convertido rápidamente al neo-liberalismo económico, que apoyan) enfatizan en cambio la eventual correlación entre inmigración y criminalidad. Una ecuación esgrimida también por el centro-derecha.

No cabe duda que una cuota de comportamientos delictuosos ha siempre acompañado a los flujos migratorios: los traficantes a los que he hecho referencia o las bandas criminales que reclutan mano de obra en Africa y en Albania son un ejemplo. Pero cuando se enfatiza la correlación entre inmigración y delito, por ignorancia (o por mala fe) se olvida que las colectividades europeas inmigrantes han ocupado por mucho tiempo los primeros lugares en las estadísticas de desviación en todos los grandes países de inmigración como los EE.UU. o la Argentina¹⁰. Por el simple hecho que siendo más «visibles» (como lo es siempre el «diferente») con mayor frecuencia son objeto de controles (que se reflejan en las estadísticas). Al mismo tiempo, muchos de los comportamientos desviantes listados en las mismas son en realidad infracciones administrativas a las leyes sobre la inmigración. Y cuando se trata de

penas por delitos comunes se debe recordar que afectan a una proporción mínima de la totalidad de los inmigrantes y que éstos (como en general todos aquéllos que carecen de respaldos económicos o de influencia social) son más fácilmente condenados como lo ha demostrado hace décadas Becker¹¹ y lo comprueban los más recientes estudios de sociología jurídica. O sea, entre dos individuos acusados del mismo delito, uno «marginal» y otro «normal», el porcentaje de condenas es mayor entre los primeros que entre los segundos.

Las fuerzas políticas que en modo constante y tenaz azuzan en Europa la aversión al extranjero no lo hacen solamente por cálculo electoral acusando a los gobiernos de centro-izquierda de ser demasiado benévolos con los inmigrantes. Lo hacen también porque sus esquemas ideológicos han tenido siempre necesidad de un enemigo del cual defenderse. En el caso de los nacionalismos agresivos ese enemigo estaba afuera de las fronteras del país. Pero hoy, cuando la U.E. lentamente se va fortaleciendo, cuando ha caído el muro de Berlín y la U.E. proyecta de incluir en su seno a los Países de Europa oriental: ¿dónde encontrar al enemigo? Han terminado por hallarlo dentro de las propias fronteras.

4. Los jóvenes: un panorama preocupante

En varios trabajos anteriores¹² he ilustrado los últimos resultados surgidos del «Observatorio permanente sobre los fenómenos identitarios» que dirijo y comprendo en modo estable tres Países europeos (Italia, España y Francia) y un País latinoamericano (Argentina). Resulta que, en los tres Países europeos mencionados, entre las causas del actual fortalecimiento de la identidad nacional (ligada a los estados nacionales a pesar de la crisis estructural que los aqueja), una, de especial

importancia, es el propósito de los entrevistados de diferenciarse de los inmigrantes. Y un mecanismo similar se reproduce en las regiones europeas que reivindican con especial fuerza su vocación de autonomía de frente a los estados centrales, como Cataluña en España y el Valle de Aosta en Italia. En estos casos son los votantes de los partidos autonomistas los que -contrariando la ideología oficial de los grupos políticos por los cuales simpatizan- manifiestan la mayor prevención respecto a los inmigrantes.

Los mismos instrumentos de obtención de datos especialmente preparados para esta larga investigación («tests-integrados») han sido suministrados en el último año y medio en varias regiones europeas (Piamonte y Valle de Aosta en Italia; Cataluña en España; Delfinado y Saboya en Francia) a estudiantes universitarios, de escuelas secundarias inferiores y superiores, e incluso de escuelas elementales. Y el panorama que emerge, si bien se trata de actitudes latentes y no de concretos comportamientos, es decididamente preocupante¹³.

En efecto, el rechazo del extranjero y el temor a que se transforme en un competidor en el mercado del trabajo aparecen con trazos nítidos en todas las regiones estudiadas. Lo más impactante es que esa prevención aumenta a medida que disminuye la edad y por consecuencia el nivel de escolaridad. Entre los estudiantes universitarios, muchos de los cuales aceptan a este punto que las sociedades europeas están destinadas a transformarse no solamente en multiétnicas (Europa ha sido siempre un *puzzle* de culturas diferentes) sino también multiraciales, predomina un objetivo: lo que importa es que les venga asegurada una prioridad en el acceso a los recursos económicos, empezando por el puesto de trabajo. Para los más jóvenes, en cambio, se trata de un rechazo total o casi de la presencia misma del inmigrante. Se dirá, y esto es posible, que un mayor grado de educación lleva a «elaborar» con mayor reflexión lo que está sucediendo. Pero es justamente este un punto importante, porque mucho de los jóvenes que hoy están en la escuela secundaria no llegarán a la Universidad o no terminarán los estudios universitarios: detrás del nivel de escolaridad está, en buena medida, el sector social al cual cada uno pertenece. Y son los estratos bajos y medio bajos los que manifiestan con mayor fuerza su prevención contra la presencia de inmigrantes¹⁴.

A mediados de abril de este año el gobierno alemán ha anunciado su propósito, apoyado por sectores empresarios, de hacer llegar, desde la India o desde naciones de Europa oriental, 20.000 técnicos necesarios para el desarrollo informático y de la «new economy» cibernetizada. La objeción ha venido

13 Barbé C., 1998, Inmigración, interacciones etnocéntricas y reacciones identitarias, Congreso Español de Sociología, La Coruña, pp. 1-18; Barbé C., 2000, I giovani europei, gli immigrati stranieri ed i riflessi identitari in Italia, Francia e Spagna, en *Actas de la «Conferenza internazionale: L'abbaglio multiculturale. Rischi e necessità nell'integrazione tra genti diverse del Mediterraneo»*, (Universidad de Roma «La Sapienza», 16-18 de noviembre de 1998), Roma, en curso de publicación y Barbé C., 1999, L'inclusione e l'esclusione dei migranti, en *Della Campa M., Ghezzi M., Melotti U. (comp.)*, Vecchie e nuove povertà nell'area mediterranea, Milán, Edizioni della Società Umanitaria, pp. 263-270

14 Como he anticipado, la investigación comparada de la cual emergen estos datos incluye también a la Argentina en la cual las líneas de tendencia no siguen puntualmente las curvas indicadas para los países europeos incluidos en ese estudio (el aumento de los indicadores de la identidad nacional, que se era debilitada durante la segunda mitad de los Noventa, no responde exactamente a las mismas causas detectadas en Europa). Si bien la complejidad de la metodología utilizada hace que la elaboración de los tests efectuados en Argentina a fines de 1999 no esté aún totalmente terminada, una visión general de los mismos permite afirmar que la actual prevención contra los migrantes extranjeros es muy elevada. También en Argentina se trató de hacer un uso político de este clima por parte del gobierno peronista (1989-1999) y de algunos sindicatos de la misma tendencia política. Esos intentos no cuajaron debido a la pérdida de popula-

Continúa en la página siguiente

Viene de la página anterior

ridad que sufriría ese gobierno al final de su gestión y de igual forma al hecho que, a diferencia de cuanto ha sucedido en Europa, los medios de información no se hicieron eco de esa campaña a través de la cual los círculos gubernamentales trataron de echar la culpa del degradingo social y la creciente delincuencia a la presencia de inmigrantes. Pero los datos producidos por la investigación alertan sobre el hecho que un uso irresponsable e instrumental de la latente prevención contra los inmigrantes por parte de grupos o sectores xenófobos puede desencadenar también en Argentina consecuencias nefastas. (Cfr. C. Barbé, Crisis de los estados nacionales, comportamientos etnocéntricos y reacciones identitarias, op. cit.).

de los sindicatos y sobre este episodio la democracia cristiana alemana (la CDU de Kohl) ha organizado toda su campaña electoral en las elecciones regionales de Renania del Norte-Westfalia en la misma forma en que, especulando con el sentimiento anti-extranjeros, había logrado vencer otras elecciones regionales en 1999.

En Italia, una reciente investigación todavía no publicada, encargada por una fundación privada a dos investigadores universitarios, cuya parte fundamental consiste en entrevistas a dirigentes de las organizaciones empresarias de diferentes regiones italianas, ha dado un resultado aplastante: la totalidad de los entrevistados afirma que la presencia de los trabajadores inmigrantes «es imprescindible». Se trata de declaraciones hasta hace poco impensables. No porque muchos empresarios italianos (fundamentalmente propietarios de empresas pequeñas o medianas) no hayan usado mano de obra inmigrante, flexible y muy a menudo pagada «en negro». Pero declararlo públicamente no era sin duda habitual, ya que implica contraponerse a la tenaz campaña xenófoba del centro derecha y de las derechas, a los cuales se sienten ligados en otros campos. Una campaña fundada en el hecho de que amplios sectores de la población, sobre todo medios y medio bajos, viven la presencia de los migrantes como una obsesión,

aún cuando no sean sus competidores en el mercado de trabajo, un punto que hay que resaltar porque no todo se reduce a un problema de competencia en la esfera ocupacional. El líder del centro-derecha italiano, como he indicado más arriba, ha presentado, en abril de este año, un proyecto de ley, firmado conjuntamente con el más xenófobo de los grupos políticos de su país (la Lega) que pide una mayor severidad en el control de los migrantes, el uso de armas de fuego contra los clandestinos, e incluye fundamentos basados en tesis de «homogeneidad étnica» que jamás habrían teorizado los más fervientes defensores de los «etnonacionalismos». Gran parte de los sectores políticos democráticos italianos han reaccionado y también organismos representativos de la iglesia católica cuya influencia se extiende en Africa y en Asia y cuyo mensaje es necesariamente universalista. Pero toda la campaña electoral de las derechas durante las recientes elecciones regionales italianas ha sido instrumentalmente basada en este tema como lo será sin duda la campaña para las próximas elecciones nacionales.

5. Un ejemplo transportable

En las páginas anteriores me he referido solamente a algunos de los países que forman en este momento parte de la U.E. En realidad, movimientos políticos xenófobos están presentes en otras naciones de la Unión y asimismo en naciones europeas que no hacen parte de la misma. En Suiza por ejemplo (donde casi un tercio de la población ha nacido en el extranjero y la presencia de los inmigrantes ha sido desde hace tiempo motivo de conflictos internos) un partido xenófobo, la

UDC, ha obtenido en octubre de 1999 más del 20% de los votos transformándose en el primer partido de la Confederación helvética. No he recordado tampoco la delirante tragedia de los Balcanes, que aún no ha terminado, y que reviste características totalmente peculiares. Por otro lado, la violenta persecución de inmigrantes llegados desde países vecinos está a la orden del día en Nigeria, Costa del Marfil, Kenya y otros países africanos. Tampoco Asia está exenta de cruentas luchas xenófobas y en los EE.UU. las reacciones de este tipo reaparecen periódicamente. En la nota nº 14 he aludido brevemente a los datos que están emergiendo de los tests realizados en Argentina poco antes de las elecciones de 1999. ¿Se extiende a nivel universal lo que en los Ochenta Dahrendorf llamó el impulso a vivir «en espacios homogéneos»? (que en realidad homogéneos no son, dado que no existen culturas monolíticas y las «razas», luego de cruces pluriseculares, son fundamentalmente una ilusión óptica).

Y sin embargo, no todos estos casos son comparables los unos con los otros. Incluso limitándose al ámbito restringido de la U.E., como lo he hecho, no es factible determinar características comunes a todos los movimientos y partidos que proclaman ideas xenófobas al mismo tiempo que agregan una retórica acusación a las «viejas» fuerzas políticas y, en algunos casos, «a los grandes centros de poder económico». Las tentativas de encontrar rasgos comunes entre estos grupos que algunos llaman «populistas» fracasan inexorablemente no sólo porque tienen perfiles diferentes sino porque cambian con frecuencia sus estrategias y sus tácticas. El Front National ha dado un giro a mitad de los Noventa, la Lega cambia su proyecto con frecuencia.

Por eso es importante enfocar y subrayar el principal punto en común: la xenofobia anti-inmigrantes y el contexto de transformaciones e incertidumbres colectivas en el cual estos movimientos prosperan generando un clima en el cual florecen todo tipo de exclusiones y un caldo de cultivo para el retorno de viejas lacras como el antisemitismo.

Tradicionalmente Europa ha sido presentada (y se ha eurocéntricamente autopresentado) como una vidriera y un ejemplo: aún en el caso de acontecimientos negativos si se producían en Europa debían ser vistos por lo tanto como inevitables. Una de las tareas obligadas de los mejores estudios socio-políticos ha sido eliminar las encostraciones eurocéntricas indicando la especificidad de los problemas que se presentan en diferentes contextos histórico-geográficos. El tema que he sumariamente tratado en este trabajo es en cambio uno de aquellos en los cuales mirar hacia Europa es importante y necesario. Para tratar de evitar, en lo posible, lo que en Europa está sucediendo. 

